



Palabras clave: hostilidad indo-pakistaní, conflicto de Cachemira, proceso de reordenación internacional.

Resumen:

En este artículo, la autora analiza el largo y tormentoso proceso del conflicto indo-pakistaní alrededor de la región de Cachemira así como la búsqueda de una resolución definitiva. Pone énfasis en que este conflicto ha estado profundamente determinado, desde su mismo origen, por los mecanismos de poder e influencia que agitan la arena internacional y explica cómo el ejercicio de reordenamiento mundial iniciado el 11 de septiembre ha tenido una repercusión directa en su estructura. Asimismo, examina los riesgos que representan los grupos islamistas internacionales en la resolución del conflicto en su intento por capitalizar el apoyo de una población que, básicamente, aspira a encontrar la paz.

Abstract:

In this article, the author analyzes the long and stormy process of the Kashmir Conflict between India and Pakistan as well the search of a definitive resolution. The author emphasizes that this conflict, from its same origin, has been deeply shaped by power and influence mechanisms which shake the international arena, and explains how its structure is being directly affected by the course of world reorganization initiated on September 11th. She also examines the risks that international Islamist factions means in the resolution of the conflict in their attempt to gain the support of a population who basically aspires for peace.

* Universidad de Málaga, Departamento de Periodismo de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, Campus de Teatinos s/n., 29071 Málaga, España.

Introducción

Difícilmente nadie en 1947 pudo imaginar que, 60 años después de la Transferencia de Poderes británica, el conflicto territorial por Jammu y Cachemira persistiría irresoluble y transfigurado en una amenaza global con connotaciones nucleares. Pocas de las guerras que copan las páginas de la prensa internacional conjugan semejante escenario de vulneración de los derechos humanos con un entramado tan complejo de ramificaciones internacionales y de actores exógenos y endógenos implicados en distintas luchas de poder.

La India y Pakistán han estado cuatro veces en guerra en poco

más de medio siglo de independencia. La última ocasión tuvo lugar en 1999, cuando la batalla localizada que se desató en un estratégico punto de la línea de control que divide Jammu y Cachemira supuso el primer enfrentamiento directo de la historia entre dos potencias nucleares. Aquella crisis, unida a los ensayos nucleares de 1998, consiguió vapulear a la adormecida conciencia internacional y enfrentar a indios y pakistaníes con la evidencia de que había que salir del inmovilismo. Pero el punto de inflexión definitivo no se produjo hasta los atentados del 11 de septiembre en Nueva York. Desde aquel toque

de salida del actual proceso de reordenamiento mundial se están moviendo muchos hilos teledirigidos fundamentalmente por los Estados Unidos. Aunque es previsible que entre bambalinas se estén alcanzando acuerdos bilaterales de envergadura, éstos se mantendrán camuflados en atención a uno de los tradicionalmente más insalvables escollos en el camino hacia la paz: unas opiniones públicas manipuladas y alimentadas en la mutua hostilidad durante décadas que tienden a oponerse y castigar a sus gobernantes por cualquier concesión que huela a claudicación.



El Origen del conflicto

La contienda de Cachemira se enmarca en la trágica casuística legada por las grandes potencias que durante el siglo XX culminaron su presencia en las antiguas colonias dejando tras de sí un reguero de conflictos y enredos de difícil resolución. La hostilidad indopakistaní supone la gravosa herencia de un negligente proceso

de descolonización abordado, en este caso, por los británicos. Las necesidades para la reconstrucción de Gran Bretaña y el estado de ruina de sus arcas tras la Segunda Guerra Mundial, obligaban a cancelar de inmediato las remesas destinadas a financiar el gobierno de las Indias Orientales y la retirada se llevó a cabo de forma

precipitada y malmandada. Tras la Transferencia de Poderes, la penetración del conflicto de Cachemira en la maraña de estrategias e intereses propios de la Guerra Fría lo condenó al enquistamiento y a suscitar una belicosidad extrema entre las partes afectadas.

Sin duda, la complejidad de las relaciones indopakistaníes se basa

en un problema que podríamos catalogar de índole psicológica, emanado de la forma en que los británicos dividieron la colonia en 1947. Nunca ha llegado a desvanecerse el fuerte trastorno emocional que el Sistema de Partición infringió en la población del subcontinente. Pero estas fobias no se cimentaron únicamente en los derramamientos de sangre desatados durante la Transferencia de Poderes. Más concretamente, el rencor surgió de la separación de un territorio históricamente ensamblado que se dividía de forma traumática en dos Estados edificadas sobre concepciones discordantes de construcción nacional. La democrática, secular y socialista India y el feudal e islámico Pakistán se aferraron a idearios irreconciliables.²

Esta incompatibilidad confluyó en la percepción de que la posesión de Jammu y Cachemira suponía un excelso símbolo de la fortaleza de cada pueblo. Para Jawaharlal Nehru y sus sucesores, la integración de este principado mayoritariamente musulmán confirmaba la virtud de su modelo secular de construcción nacional. Por la misma regla, los nacionalistas pakistaníes consideraban que Pakistán, que debía dar cobijo a todos los musulmanes del subcon-

tinente, estaba “incompleto” sin ese territorio.

El conflicto surgió a causa de la inexistencia de códigos legales aptos que pudieran arbitrar estas reclamaciones enfrentadas. Los británicos, siguiendo criterios comunales, diseccionaron sin anestesia aquellos territorios que habían gobernado directamente trazando fronteras que supusieron cicatrices sangrantes. Y en aquellos principados que desde antaño conservaban una independencia exclusivamente limitada por su lealtad a la Corona en Londres, como era el caso de Jammu y Cachemira, decidieron garantizar una prolongación de los privilegios autocráticos de los monarcas. En los más de 500 principados que se repartían por el subcontinente se renunció al único sistema que podría haber mitigado la complejidad de muchos dilemas étnicoreligiosos similares al de Cachemira: la celebración de plebiscitos de autodeterminación.

Aunque el último virrey británico “sugirió” que los principados predominantemente hindúes fueran a parar a la India y los mayoritariamente musulmanes a Pakistán, que los monarcas no buscaran la independencia y que contemplaran los “condicionantes geográficos” para proveer a las nuevas naciones de territorios contiguos, lo cierto

es que aquellos monarcas que ignoraron tales sugerencias ajustándose a la letra de la ley sólo pudieron ser aplacados por la fuerza de la persuasión militar de la India o Pakistán.

En aquel rompecabezas, un Estado secular y otro Estado diseñado para dar cobijo a la minoría musulmana de un subcontinente se disputaban un territorio pluriétnico y fronterizo a ambos. Dentro del principado, la mayoría de la comunidad islámica dominante que anhelaba la independencia bajo un sistema democrático, los hindúes y los budistas proclives a la India, y el monarca que soñaba con un reino absolutista e independiente, coincidían en que cualquier desenlace era preferible a la adhesión a Pakistán. Ciertamente, los anodinos procedimientos contemplados por los británicos no estaban preparados para dar respuesta a un escenario semejante.

Partiendo de este contexto aún existía alguna posibilidad para buscar una salida realista. El debate se podría haber centrado en la cuestión de si la India comprometida con el secularismo y la democracia tenía derecho a integrar un principado musulmán cuya población renegaba mayoritariamente de Pakistán,³ o si el nuevo Estado islámico tenía

¹ Vid. Mapas 1 y 2 al final de este artículo

² Ver Alastair Lamb, *Kashmir. A Disputed Legacy. 1846-1990*, Hertfordshire, Roxford Books, 1991; George Macmunn, *Indian States and Princess*, Londres, Jarrolds Publishers, 1936 y Lars Blinkenberg, *India-Pakistan. The History of Unsolved Conflicts*, Copenhagen, Dansk Underigspolitisk Institut, 1972.

³ La figura del líder musulmán cachemir Sheikh Mohammed Abdullah (1905-1982), resulta fundamental para entender que en 1947 la mayoría de los habitantes de Cachemira renegaran de Pakistán. Su ideología secular, socialista y democrática le acercó a las posturas de la clase política

razones para sentirse ultrajado y amenazado y para tratar de impedir semejante socavamiento de sus pilares ideológicos.

Atendiendo a estos razonamientos se podría haber zanjado el conflicto asumiendo el desenlace de la primera guerra indopakistaní de 1947-1948. La lucha finalizó con la definición de una línea de control que ha separado hasta nuestros días las partes del antiguo principado ocupadas por la India y Pakistán. En 1948 esta frontera respetaba con precisión los ámbitos de dominio ideológico de cada contrincante, aunque con ello mantenía en la parte india el centro neurálgico de la región y la mayor aspiración de los pakistaníes: el musulmán Valle de Cachemira. Las otras regiones, las musulmanas Áreas del Norte y Azad Kashmir, hasta hoy bajo ocupación

pakistaní, y el hindú Jammu y el budista Ladakh, integrados en la India, alcanzaron el destino mayoritariamente deseado por sus habitantes y el cambio de su estatus nunca ha figurado como una aspiración real. Por el contrario, el Valle de Cachemira, con su capital en Srinagar, supuso en su momento la verdadera causa de la hostilidad indopakistaní y se ha transformado en nuestros días en la cuna de una sublevación separatista y en el objeto de deseo de los principales movimientos del terrorismo islámico internacional.

En este punto, resulta imprescindible señalar que los dos principales escenarios de conflicto, el territorial (la disputa entre Nueva Delhi e Islamabad) y el nacionalista (la sublevación de los musulmanes de Cachemira), no comparten el mismo origen y responden a

causas claramente diferenciadas. Las del conflicto territorial indopakistaní ya han quedado expuestas y las de la sublevación musulmana, como veremos más adelante, se integran en los desarrollos políticos en el interior de la India y de la propia Cachemira. Por lo que respecta a la injerencia desde finales de los años 80 de organizaciones terroristas internacionales como *Al Qaeda*, este fenómeno supuso uno de los primeros casos conocidos de secuestro y manipulación por parte de la *yihad* internacional de una revuelta autóctona de naturaleza ajena a los designios del integrismo islámico. La crisis de Irak es otra versión de esta misma estrategia que está siendo puesta en práctica simultáneamente en varios de los polvorines que protagonizan la actualidad internacional.



india y le alejó del nuevo Estado islámico. G.W. Choudhury, S.M. Jaffar o Mushtaqur Rahman, entre otros autores, han negado que el apoyo del que gozaba Abdullah fuera mayoritario entre los musulmanes o simplemente han ignorado el papel vital que desempeñó en la integración de Jammu y Cachemira en la India. Pero las crónicas independientes coinciden en presentarle como un líder que despertaba un fervor popular que podía equipararse al del propio Gandhi en la India. Este menosprecio del político y las alusiones a una supuesta fricción comunal que, según estos autores, llevó a la mayoría de los cachemires a desear su integración en Pakistán en 1947, no están confirmados por los textos históricos. Las sucesivas elecciones democráticas celebradas en la región confirmaron el sólido apoyo popular con el que contaba este político. Ver Golam Wahed Choudhury *Pakistan's Relations with India*, Meerut, Meenaxshi Prakashan, 1971; S.M. Jaffar, *Kashmir Sold and Resold*, Nueva Delhi, Book Land India, 1993 y Mushtaqur Rahman, *Divided Kashmir. Old Problems, New Opportunities for India, Pakistan, and the Kashmiri People*, Londres, Lynne Rienner Publishers, 1996. Resulta especialmente reveladora la crónica de Josef Korbel, miembro de la Comisión de Naciones Unidas para la India y Pakistán que visitó la región por aquellas fechas. Josef Korbel, *Danger in Kashmir*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1966.

El panorama internacional

Desde Alejandro Magno hasta la Compañía Británica de las Indias Orientales, la historia de Jammu y Cachemira se pierde en una sucesión de conquistas y sometimientos a poderosos imperios. Después de la Transferencia de Poderes en 1947, este estratégico territorio centroasiático continuó jugando un papel importante en el resucitado “*Great Game*” propio del siglo XX.

El conflicto indopakistaní se introdujo en las mareas de la Guerra Fría en 1954 con el establecimiento de una alianza militar entre Pakistán y Estados Unidos. El país islámico se convirtió en uno de los principales aliados de Occidente en su estrategia de bloqueo del expansionismo soviético en Asia Central. A cambio, gracias al ingente apoyo militar recibido de los poderes occidentales, Pakistán pudo sostener su desafío a la mucho más poderosa India, aventurándose, incluso, a un intento de invasión encubierta de Cachemira que desembocó en la guerra de 1965 y en una segunda derrota.

Por su parte, sin llegar a sellar una alianza tan sólida como la de sus principales adversarios, Nueva Delhi aceptó con agrado el apoyo de la Unión Soviética en todos

aquellos debates que el Consejo de Seguridad de la ONU celebró para tratar el conflicto de Cachemira, incluyendo la obstaculización de nuevas resoluciones que le instaran a cumplir su compromiso con la celebración de un referéndum de autodeterminación.⁴ Así, el papel de Moscú se centró en neutralizar el apoyo norteamericano a Pakistán y en evitar que la India renunciara a su política de no alineación.

También China desempeñó un papel nada insignificante en este damero, constituyendo aún hoy una pieza fundamental y de menos predecibles movimientos. La India se erigía ante este gigante asiático como el principal escollo en sus proyectos de dominación del sur de Asia. Ambos países comparten 4,500 kilómetros de inestable frontera con trazos sin delimitación ni reconocimiento internacional. Si a ello le añadimos su connivencia durante la Guerra Fría con la Unión Soviética, no es de sorprender que Beijing diera la bienvenida a un conflicto que ha entretenido a la mitad del ejército indio en Cachemira y en otras zonas fronterizas con Pakistán. Aunque la amenaza soviética hoy se

ha desvanecido, Pakistán continúa suponiendo para China un importante contrapeso del dominio indio en la región. Mientras que Islamabad, dependiente de Beijing para sus proyectos de modernización militar, le proporciona en contrapartida un vínculo fundamental con los países del cinturón islámico en Asia.

Por lo que respecta a Washington, la caída del Muro de Berlín marcó un antes y un después en su intervención en el subcontinente. La importancia estratégica de Pakistán se vio sensiblemente reducida. Pero el auténtico punto de inflexión no se produjo hasta el 11-S, cuando dos aviones se estrellaron contra el *World Trade Center* inaugurando una nueva era en la geopolítica mundial.⁵ Desde aquel momento, Estados Unidos inició una fase de indemnización a la India por su tradicional connivencia con Pakistán con tres objetivos fundamentales: sumar un aliado en la tarea de reducir la fuerza del integrismo musulmán en Asia Central, acceder al prometedor mercado económico indio y, sobre todo, favorecer el fin de las hostilidades entre dos países nuclearizados. El régimen

⁴ Pueden encontrarse algunas interesantes interpretaciones sobre este aspecto en Ayub Khan, “The Pakistan-American alliance. Stresses and strains”, en *Foreign Affairs*, enero de 1964; Saifuddin Khaled, “U.S. role in early stages of Kashmir conflict”, en *Regional Studies*, invierno de 1993-1994 y “Cold War in the subcontinent. President Eisenhower and the Kashmir dispute. 1953-1954”, en *Strategic Digest*, junio de 1996.

⁵ Jessie Lloyd y Nathan Nankivell, “India, Pakistan and the legacy of September 11th”, en *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 15, n° 2, julio de 2002; John Dorschner, “A new response to the Kashmir dispute”, en *Columbia International Affairs Online*, julio de 2002, en <http://www.ciaonet.org/wps/doj03/doj03.html>; María Cristina Rosas, “India y Pakistán: Antes y después del 11-S”, en *La Insignia*, 13 de junio de 2003.

de Islamabad, abrumado por un caótico escenario interno y dependiente como nunca antes de la ayuda exterior (entiéndase norteamericana), parece haber resuelto que la inestabilidad crónica de su país no puede ser por más tiempo silenciada tras la sempiterna reclamación de Cachemira y la demagógicamente explotada hostilidad hacia la India.⁶ Lo cierto es que Islamabad, que a duras penas puede contener la insatisfacción de sus regiones más deprimidas y hacer frente a graves retos internos, ha recurrido estratégicamente a cohesionar a su población en torno a la hostilidad hacia la India y al objetivo irrenunciable de la conquista de Jammu y Cachemira. Nueva Delhi, desde su más favorable posición y con sus suspicacias antinorteamericanas notablemente aminoradas, parece dispuesta, ahora sí, a reconocer que existe un problema de naturaleza política y que resulta inaplazable sentarse a negociar.

Si bien los incentivos de China no son tan poderosos a la hora de intentar una reconstrucción de sus vínculos con la India o de buscar soluciones definitivas para sus múltiples disputas fronterizas, son muchas las evidencias que indican

que ha decidido comprometerse progresivamente con estos objetivos. La profunda transformación política y social que bulle en el interior del gigante, los enormes desafíos que afronta quien muchos consideran que está llamado a ser la próxima gran potencia mundial, han convencido a sus líderes de la necesidad de priorizar objetivos y dedicar todo su esfuerzo a la tarea de diseñar un esquema para el manejo de su delicada coyuntura interna.⁷ De hecho, desde hace algunos años se suceden periódicamente iniciativas de indios y chinos para establecer una relación armónica que parecen estar dando a luz una colaboración progresiva en diversos ámbitos de mutuo interés. La incertidumbre es hoy por hoy demasiada como para aventurarnos con ejercicios de profetización, pero hay una conclusión clara: la política de China en el sur de Asia, y por ende su influjo en Jammu y Cachemira, vendrá marcada por criterios mucho más amplios que el final de la Guerra Fría y la desaparición de su enfrentamiento a la estrategia de expansión soviética.

Por su parte, aunque la capacidad de influencia de Rusia es hoy mucho más reducida, Moscú con-

tinúa reflejando sus simpatías por la causa de Nueva Delhi, en especial desde que sufre los latigazos del terrorismo islámico y éste le ofrece un pretexto para su salvaje represión en Chechenia.

Sea como sea, se puede dar por felizmente finalizada la era en que Washington, Beijing y Moscú observaban esta disputa desde el exclusivo prisma de sus intereses estratégicos. El contraste definitivo entre aquel escenario y el actual es que ya nadie obtiene réditos de la enquistada hostilidad indopakistaní. A excepción, eso sí, de ese actor recientemente desenmascarado que supone el integrismo islamista de manifestación política y violenta. Entre los principales retos de la comunidad internacional se hallan ahora frenar la proliferación de armamento nuclear en la región, evitar un nuevo enfrentamiento armado entre la India y Pakistán y unir sus fuerzas contra la amenaza compartida del terrorismo islamista. Teniendo en cuenta que nunca ha sido viable la construcción de un acuerdo bilateral sin contar con el estímulo y el contrato de estos actores externos, estos nuevos perfiles del escenario cachemir revierten una formidable importancia.



⁶ Sumit Ganguly, "Pakistan's slide into misery", en *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre de 2002.

⁷ Mohan Malik, "The China factor in the India-Pakistan conflict", en *Parameters*, primavera de 2003; Antía Mato Bouzas, "El acercamiento entre India y China: el reencuentro de dos gigantes", en *Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales*, 26 de septiembre de 2003.

La sublevación musulmana y sus vinculaciones con el terrorismo islámico internacional

Jammu y Cachemira presentan una reconocida tradición histórica de coexistencia pacífica entre distintas comunidades religiosas. De hecho, el origen de la sublevación separatista en estas regiones no se encuentra en un hipotético conflicto comunal, tampoco en la alegación de Islamabad de que nos encontramos con una prolongación de la lucha por llevar a la práctica la Teoría de las Dos Naciones que dio nacimiento a Pakistán. Los musulmanes cachemires no opusieron resistencia a su adhesión a la India en 1947, aunque es innegable que en el Valle de Cachemira hoy se abomina de la tierra de Gandhi. Nueva Delhi es responsable de esta situación por haber incumplido la promesa de autogobierno con la que logró la adhesión del Estado en 1947 y por haber impuesto sucesivos gobiernos centralistas y antidemocráticos.

Los núcleos ideológicos fundamentalistas y propakistaníes no consiguieron movilizar a un segmento significativo de la población cachemir hasta finales de los 80. Y esta sublevación, establecida sobre parámetros etnoreligiosos, explotó primordialmente avivada

por la yuxtaposición de los siguientes factores:⁸

1) Por lo que respecta a las políticas impulsadas por Nueva Delhi, 40 años de negación sistemática de gobiernos representativos y de una democracia equiparable a la existente en el resto de los estados indios, unidos a la erosión del secularismo como ideología de Estado y la aparición paralela de un fundamentalismo hindú centralista y amenazante; 2) en cuanto a los errores que cabe achacar a los dirigentes cachemires, ha tenido una importancia terminante la deslegitimación del principal partido nacionalista y secular cachemir, gran artífice del apoyo de los musulmanes cachemires a la adhesión a la India, y que ha acabado por no contentar a nadie al no hacer creíble su combinación de lealtad a la India con sus credenciales nacionalistas;⁹ 3) por su parte, Pakistán ha aprovechado el hecho demostrado de que el descontento de una minoría étnica que no puede canalizarse a través de fuerzas políticas seculares suele recurrir a la más accesible válvula de escape de una movilización política identificada según parámetros etnoreligiosos. Así, Islamabad ha

encontrado su mejor estrategia en las campañas de adoctrinamiento de la juventud cachemir, en la financiación de las organizaciones armadas y en la inserción de la disputa indopakistaní en el marco de un Islam políticamente asertivo como fenómeno mundial.

A la larga, esta identificación del conflicto con las expresiones del fundamentalismo islámico internacional se ha vuelto en contra de su impulsor. En Jammu y Cachemira, Pakistán ha perdido las simpatías de una población que padece en igual medida la violencia de las fuerzas de seguridad indias como de la multitud de guerrilleros y mercenarios foráneos. A mitad de los años 90, la administración pakistaní se vio obligada a traspasar la financiación de la sublevación a otros países como Arabia Saudí o Irán a causa de su falta de recursos para continuar nutriendo a los separatistas. Los rebeldes locales y los terroristas financiados por Pakistán han acabado siendo desalojados por guerrilleros extranjeros que han llegado paulatinamente al territorio con intenciones no siempre compatibles. Esto ha conllevado la pérdida de control de Islamabad sobre los

⁸ Ver Akbar S. Ahmed, "Kashmir, 1990: Islamic revolt or Kashmiri nationalism", en *Strategic Studies*, primavera de 1991; Sumit Ganguly, "Explaining the Kashmir insurgency: Political mobilization and institutional decay", en *International Security*, vol. 21, n° 2, otoño de 1996; Vernon Hewitt, *Reclaiming the Past? The Search for a Political and Cultural Unity in Contemporary Jammu and Kashmir*, Londres, Portland Books, 1995.

⁹ La Conferencia Nacional de Jammu y Cachemira, el partido nacionalista moderado liderado por Sheik Abdullah que llevó al principado a la unión con la India a cambio de la promesa de autogobierno, está, desde noviembre de 2005, en la oposición por primera vez desde la independencia.

núcleos islámicos, un alto precio asumido por una nación que sufre un auténtico riesgo de involución fundamentalista. El resultado es que en Jammu y Cachemira actualmente operan, a menudo unas en oposición a otras, organizaciones independentistas seculares e islámicas, grupos propakistaníes, organizaciones panislámicas, *mujaidines* que deambulan por el mundo

en busca de “guerras santas” que librar y soldados de fortuna que han hecho de la *yihad*¹⁰ un negocio.

A Pakistán, que tras los atentados en Londres y Sharm El Sheik no puede seguir negando su complicidad con el terrorismo islamista internacional, se le ha vetado este recurso desde su resucitada alianza con Washington en un momento, además, en que el integrismo

crece como desafío al gobierno militar dentro de sus propias fronteras. Se impone el realismo, y la intervención internacional, con una implicación comprometida y firme, puede hacer mucho para evitar que estalle el caos en Pakistán y para que se inicie un proceso de estabilización que conllevaría beneficios globales.



Premisas para la búsqueda de una solución

Durante años, cualquier discusión a propósito de los canales de resolución de este conflicto se centró en el acatamiento de las resoluciones de la ONU que disponen la celebración de un solo plebiscito en todas las regiones del antiguo principado. Pakistán siempre se ha aferrado a este acuerdo en base a una supuesta defensa del derecho de autodeterminación de los cachemires, retórica que pretende encubrir una mera reclamación territorial ya que Islamabad no ignora que si se celebrara un referéndum la independencia, casi con toda seguridad, sería la opción más votada. Esa es la razón de su rechazo a que un eventual

plebiscito incluya la posibilidad de optar por la emancipación ya sea de la India o de Pakistán.

Sea como fuere, en los últimos años la comunidad internacional ha ido desligándose de aquellas resoluciones. La razón se encuentra en que esta solución nunca ha supuesto una alternativa capaz de proporcionar un futuro esperanzador a sus distintas comunidades. Tanto un resultado favorable a la India como uno a Pakistán generaría masivos y dramáticos desplazamientos de población.

Se ha mencionado en líneas anteriores que la división del Estado que siguió a la primera guerra de Jammu y Cachemira suponía una

buena distribución en la que se respetaba la voluntad mayoritaria de sus distintas comunidades. La división del Estado era entonces, y sigue siendo, la solución más razonable. Pero hoy observamos un cambio fundamental en relación con 1947: el Valle de Cachemira ya no quiere permanecer en la India, lo que no quiere decir que ansíe su adhesión a Pakistán. Ahora bien, ninguno de los otros dos territorios integrados por la India, el hindú Jammu y el budista Ladakh, desea un cambio en su adscripción. Y por lo que respecta a los territorios ocupados por Pakistán, los musulmanes Azad Kashmir y Áreas del Norte, aunque coincidieran con

¹⁰ B.P. Saha, *Trans-border Terrorism: Internationalisation of Kashmir Tangle*, Nueva Delhi, Har-Anand Publications, 1996; Ahmed Rashid, “The Taliban: Exporting extremism”, en *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre de 1999; Jonah Blank, “Kashmir: fundamentalism takes root”, en *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre de 1999.

la voluntad independentista de sus correligionarios del Valle se enfrentarían a la certidumbre de que esta opción es la menos plausible por diversas razones.

En primer lugar, ni la India ni Pakistán, menos China, permitirán la instauración de un débil Estado independiente que con el tiempo podría convertirse en un satélite del adversario. En segundo lugar, nadie desea que el Valle de Cachemira desencadene un proceso de desintegración en estos países semejante al de la ex URSS. En tercer lugar, los analistas alertan sobre las pocas garantías de defensa de las minorías religiosas y étnicas que ofrecería un Estado cuya independencia fuera obtenida por las organizaciones musulmanas que protagonizan la sublevación. Por último, en el mosaico de formaciones panislámicas, separatistas o propakistaníes que protagonizan el levantamiento cachemir, también las partidarias de la independencia discrepan a propósito de si instaurar un Estado islámico o secular. Este factor, que puede parecer de menor relevancia, generaría graves complicaciones en caso de la obtención de la independencia.

No parece que exista mejor solución para la cuestión de Jammu y Cachemira que el establecimiento de una frontera permeable que delimite los ámbitos de control de la India y de Pakistán al tiempo que

reconozca la identidad regional pan-cachemir y conceda a las distintas regiones amplios grados de autogobierno acompañados de potentes programas para el desarrollo económico. Este tipo de acuerdo en Jammu y Cachemira podría servir, además, como plataforma para abordar dos grandes reformas pendientes tanto en la India como en Pakistán: el reforzamiento de las instituciones democráticas y el estímulo del Estado descentralizado.

Esta división negociada podría incluir la celebración de un plebiscito limitado a la provincia de Cachemira y ganaría en eficacia si fuera acompañada de la aplicación de un modelo de administración que siga las pautas del acuerdo de Trieste de 1954 entre Italia y la antigua Yugoslavia. Podría estudiarse la posibilidad de que la India desvinculara a Jammu y Ladakh del Valle y que Pakistán se anexara las Áreas del Norte. Así, los territorios étnicamente cachemires, Azad Kashmir y el Valle, que son los más proclives a la independencia, conformarían un nuevo Estado al que la India y Pakistán concederían una autonomía de largo alcance como parte de una solución del tipo de Trieste.

Si la India y Pakistán saldaran su disputa sobre estos parámetros darían el mayor paso de su historia en el camino hacia un necesario desmantelamiento de las fronteras físicas y psicológicas que les han

distanciado durante medio siglo. Pero a corto plazo el único objetivo realista es la creación de un ambiente de confianza propicio para las futuras negociaciones.

En enero de 2004, por primera vez desde las frustradas negociaciones de Simla en 1971, un encuentro entre los líderes indio y pakistaní culminó con expresiones de esperanza en lugar de hacerlo con mutuas recriminaciones. En abril de 2005, el general Pervez Musharraf y el primer ministro indio Manmohan Singh ratificaron el nuevo clima de entendimiento escenificado días antes con la inauguración de una línea de autobús que une a los habitantes de Srinagar, capital de la Cachemira india, con sus parientes de Muza-ffarabad, centro neurálgico de la Cachemira pakistaní. Esta *confidence building measure* (CBM) tiene como objetivo final la progresiva transformación de la actual línea de control en una frontera flexible y permeable a los intercambios comerciales y al libre tránsito de los cachemires. En la misma línea se encuentra la apertura de conversaciones destinadas a cerrar el descabellado frente bélico en el glaciar de Siachen, unas trincheras situadas a 6,300 metros sobre el nivel del mar en las que, desde 1984, los soldados indios y pakistaníes no son abatidos por el fuego enemigo sino por los efectos de la congelación.¹¹ Esta sucesión

¹¹ "Asia: Point of no return?; India and Pakistan", *The Economist*, 23 de abril de 2005, "Asia: In from the cold; India and Pakistan", *The Economist*, 28 de mayo de 2005; Jo Johnson: "India politics: Singh aims to put conflict on ice". *The Financial Times*, 13 de junio de 2005.

de CBM's, incluyendo la muy popular celebración de partidos de críquet entre las selecciones nacionales, sufrió un receso tras los atentados de Mumbai que, en julio de 2006, segaron la vida de cerca de 200 personas, aunque ambos gobiernos se comprometieron dos meses después del hecho a renovar la confianza mutua en el marco de un pacto para la lucha conjunta antiterrorista. La implicación de Pakistán en las masacres que periódicamente azotan la India es una acusación recurrente y casi siempre verosímil,¹² si bien ha sido neutralizada por la evidencia de que la violencia en el interior de Jammu y Cachemira,

muy relacionada con el control de las infiltraciones transfronterizas por parte de Islamabad, se ha visto notablemente reducida durante el último año.

De momento, no son previsibles acuerdos relacionados con el futuro estatus político de Jammu y Cachemira. Únicamente es realista aguardar anuncios sobre nuevas CBM para estimular los intercambios comerciales bilaterales, aplacar posibles malentendidos derivados de los constantes ensayos de misiles con capacidad nuclear, o llevar a buen puerto la construcción conjunta de un gasoducto que partirá desde Irán y atravesará Pakistán hasta llegar

a territorio indio.¹³ Los acuerdos territoriales de mayor alcance deben ser contemplados como una meta asequible a largo plazo tras un periodo de desarrollo de la cooperación regional que resucite la memoria histórica de coexistencia, ofreciendo mayores ámbitos de reunión de las distintas comunidades del subcontinente a través de unas estrechas relaciones culturales, sociales, políticas y económicas.

Recibido el 5 de enero del 2006

Aceptado el 6 de junio del 2006



¹² Ahmed Rashid: "Pakistán y el terrorismo: el doble juego de Musharraf". *El Mundo*, 20 de agosto de 2005.

¹³ Hari Kumar, "India and Pakistan agree to ease risk of conflict", *New York Times*, 9 de agosto de 2005.

Referencias Bibliográficas

Akbar, M. J., *Kashmir: Behind the Vale*, Viking, Nueva Delhi, Penguin Books India, 1991.

Ahmed, Akbar S., "Kashmir, 1990: Islamic revolt or Kashmiri nationalism", en *Strategic Studies*, primavera de 1991.

Bhattacharjea, Ajit, *Kashmir. The Wounded Valley*, Nueva Delhi, UBSPD, 1994.

Birdwood, Lord, *Two Nations and Kashmir*, Londres, Robert Hale Limited, 1956.

Blank, Jonah, "Kashmir: fundamentalism takes root", en *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre de 1999.

Blinkenberg, Lars, *India-Pakistan. The History of Unsolved Conflicts*, Copenhagen, Dansk Underigspolitisk Institut, 1972.

Bouzas Mato, Antía, "El acercamiento entre India y China: el reencuentro de dos gigantes", en *Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales*, 26 de septiembre de 2003.

Burke, S.M. y L. Ziring, *Pakistan's Foreign Policy. An Historical Analysis*, Karachi, Oxford University Press, 1990.

Chopra, V.D., *Genesis of Indo-Pakistan Conflict on Kashmir*, Nueva Delhi, Patriot Publishers, 1990.

Choudhury, Golam Wahed, *Pakistan's Relations with India*, Meerut, Meenaxshi Prakashan, 1971.

Dawson, Pauline, *The Peacekeepers of Kashmir. The U.N. Military Observer Group in India and Pakistan*, Bombay, Popular Prakashan, 1995.

Dorschner, John, "A new response to the Kashmir dispute", en *Columbia International Affairs Online*, julio de 2002, en <http://www.ciaonet.org/wps/doj03/doj03.html>

Ganguly, Sumit, "Explaining the Kashmir insurgency: Political mobilization and institutional decay", en *International Security*, vol. 21, n° 2, otoño de 1996.

- , “Pakistan’s slide into misery”, en *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre de 2002.
- , *The Crisis in Kashmir. Portents of War. Hopes of Peace*, Cambridge, Woodrow Wilson, 1997 (Centre Series).
- Gupta, Sisir, *Kashmir. A Study in India-Pakistan Relations*, Nueva Delhi, Asia Publishing House, 1967.
- Hewitt, Vernon, *Reclaiming the Past? The Search for a Political and Cultural Unity in Contemporary Jammu and Kashmir*, Londres, Portland Books, 1995.
- Hodson, H.V., *The Great Divide. Britain, India, Pakistan*, Londres, Hutchinson of London, 1969.
- Jaffar, S.M., *Kashmir Sold and Resold*, Nueva Delhi, Book Land India, 1993.
- JHA, Prem Shankar, *Kashmir 1947. Rival Versions of History*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1996.
- Khaled, Saifuddin, “U.S. role in early stages of Kashmir conflict”, en *Regional Studies*, invierno de 1993-1994.
- , “Cold War in the subcontinent. President Eisenhower and the Kashmir dispute. 1953-1954”, en *Strategic Digest*, junio de 1996.
- Khan, Ayub, “The Pakistan-American alliance. Stresses and strains”, en *Foreign Affairs*, enero de 1964.
- Korbel, Josef, *Danger in Kashmir*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1966.
- Lamb, Alastair, *Kashmir. A Disputed Legacy, 1846-1990*, Roxford Books, Hertfordshire, 1991.
- Lamb, Alastair, *Birth of a Tragedy: Kashmir 1947*, Karachi, Oxford University Press, 1995.
- Lloyd, Jessie y Nathan Nankivell, “India, Pakistan and the legacy of September 11th”, en *Cambridge Review of International Affairs*, Vol. 15, nº 2, julio de 2002.

Macmunn, George, *Indian States and Princess*, Londres, Jarrolds Publishers, 1936.

Malik, Mohan, "The China factor in the India-Pakistan conflict", en *Parameters*, primavera de 2003.

Rahman, Mushtaqur, *Divided Kashmir. Old Problems, New Opportunities for India, Pakistan and the Kashmiri People*, Londres, Lynne Rienner Publishers, 1996.

Rashid, Ahmed, "The Taliban: Exporting extremism", en *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre de 1999.

Rosas, María Cristina, "India y Pakistán: Antes y después del 11-S", en *La Insignia*, 13 de junio de 2003.

Saha, B.P., *Trans-border Terrorism: Internationalisation of Kashmir Tangle*, Nueva Delhi, Har-Anand Publications, 1996.

Singh, Tavleen, *Kashmir. A Tragedy of Errors*, Nueva Delhi, Penguin Books India, 1995.

Thomas, Raju G.C., *Perspectives on Kashmir. The Roots of Conflict in South Asia*, Oxford, Westview Press, 1992.

Wirsing, Robert G., *India, Pakistan and the Kashmir Dispute. On Regional Conflict and its Resolution*, Londres, Macmillan. 1994.

